

## CAMBIO DE BRÚJULA

## CHANGE OF COMPASS

*José Guillermo Anjel R.\**

- 23. Entonces Lamec dijo a sus mujeres: "Ada y Zila, Oíd mi voz.  
Oh mujeres de Lamec, escuchad mi dicho: Yo maté a un hombre,  
porque me Hirió; maté a un muchacho, porque me Golpeó.  
24. Si Caín ha de ser vengado siete veces, Lamec lo Será setenta y  
siete veces."*

*Libro del Génesis.*

### 1.

La familia de Caní (su mujer y sus hijos) partió a las tierras del Este después del asesinato y de un luto que no se vio llevar a cabo porque los parientes se quedaron quietos como árboles secos y esperaron con paciencia a que el asesino se marchara. Ni un gesto en esas caras largas de ojos apagados y

---

\* Comunicador social y Doctor en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana. Docente investigador de la UPB. Medellín-Colombia.  
Correo electrónico: memoanjel5@gmail.com.

Texto recibido el día 26 de mayo de 2010 y aprobado por el Comité Editorial el día 15 de octubre de 2010.

abiertos. En la partida, que fue lenta, la gente que debió irse cargó con más ansias que cosas y para mal consuelo se dijo que así tenía que haber sucedido y que no habría juicio ni quién vengara al muerto, porque ¿cómo habrían de vengar los padres la muerte de un hijo en otro hijo? Partió entonces la familia de Caní en un auto Ford modelo T de color negro, nuevo, llevando consigo sus cajas con pertenencias y envoltorios con comida y un mapa que contenía carreteras y vía férreas, montañas grandes y chicas, lugares posibles en los que parar, ríos desconocidos y estrellas del cielo. Irían buscando una ruta lejana que se perdería sobre la tierra, siguiendo siempre el oriente, tratando de acortar el año 1922. Y ya no regresarían nunca.

## 2.

Caní dijo: “Si nos vamos lejos, ya no habrá odios ni dolores crecientes porque no nos estaremos viendo con ellos”. Y la mujer de Cani, obediente porque el destino de su marido era el de ella, bajó la cabeza y comenzó a empacar las maletas y no protestó cuando vio a Caní caminando solo por los alrededores de la casa, como una gran noche de lluvia y sin siquiera la compañía del perro que siempre iba con él, pero no esa vez. Lo miró acariciando las flores del pequeño jardín que ella cuidaba con mucha paciencia, pues sabía poco de plantas y a veces sembraba mal o regaba más agua de la necesaria y las raíces se pudrían, pero ya no habría más jardín porque se iban al Este, tan lejos como necesitaran para que no los alcanzara ningún recuerdo. Tampoco le molestó que su marido parara delante de la puerta de la habitación, con las manos entre los bolsillos del pantalón, y la mirara empacar lo que iba en cajas, botellas y en el baúl que le había hecho su suegro como regalo de bodas, que fue en los días cuando en Cani no se presagiaba todavía que iba a enloquecer y aún veía en su hermano a un hermano y no a un enemigo rodeado de demonios. Esos días fueron buenos, dijo la mujer. Todos se sentaban a la mesa al caer la tarde para hablar de las minucias que sucedían en la huerta y el establo y

de lo que habían traído los tiempos: buenas cosechas, crías abundantes de animales, niños sanos y salud para el padre y la madre, para el suegro y la suegra. No se hablaba de muerte sino de vida en esas reuniones en las que había comida de sobra. Pero sucedió lo del asesinato y la madre le dijo a Caní, “¡ivete!”. Sólo fue esa palabra. El padre no dijo nada, ni siquiera tembló. Se vio muy flaco dentro del overol manchado de tierra roja. El sol le daba de frente al padre, así que el overol no se veía grande.

-No hay que rezar-, dijo Caní, -D's ya no está con nosotros-. Encendió el motor del carro dando dos vueltas fuertes de manivela y subió al auto. Allí estaba acomodada ya la familia. Pisó lentamente el acelerador y tomó sin prisa por la carretera polvorienta y amarilla con algunas construcciones lejanas en medio de unos campos sin roturar que más parecían ruinas de incendios de verano. Miró por el espejo retrovisor para advertir si su padre o su madre salían para verlo partir, pero eso no pasó y sintió miedo de que lo hubieran maldecido. Se lo comentó a su mujer y ella no dijo nada sino que comenzó a llorar. Los niños, que iban en el asiento de atrás, acariciaron la cabeza del perro y no preguntaron por qué la madre estaba llorando sino que se miraron y encogieron los hombros, incluso se rieron. Estaba claro que ellos sí querían ir al Este, viajar por esas carreteras que no conocían y escuchar lenguas que no habían oído antes. Habría tiempo entonces para que la madre dejara de llorar y en el camino aparecerían muchas imágenes nuevas que quizás la hicieran sonreír, y llegaría un momento en que la madre se secaría la nariz y los ojos con uno de los pañuelos que bordaba y el padre, viéndola ya sin lágrimas, dejaría esa cara larga. Había pasado en otras ocasiones. Además, tendrían que parar en un restaurante a comer y la madre, para guardar las apariencias, se restregaría la cara para darse color y Caní hablaría con los dependientes del lugar y al hacerlo cambiaría de cara porque el padre no trataba mal a nadie y siempre era bien atendido por causa de sus buenos modales y las palabras agradables. Nadie, oyéndolo hablar, creería que era un asesino.

### 3.

Los hijos de Caní, antes de saber que tendrían que partir, no entendieron bien por qué en la escuela murmuraron que su padre había matado a su hermano. Ellos no habían visto ni oído ninguna cosa extraña en la mañana ni la madre les hizo ningún comentario cuando llegó por ellos y tuvieron que venirse de afán a casa porque debían marcharse de inmediato a otro sitio. Al llegar para empacar, le preguntaron a la abuela que sucedía y ella les dijo que el tío se había marchado lejos. Así que eso que oyeron en la escuela fue cosa de los compañeros envidiosos, de los que les tenían rabia porque les iba bien con las notas y no hacían mucho esfuerzo por estudiar para comprender bien los asuntos del cielo, las aguas y la tierra. Los maestros los ponían de ejemplo y a ellos se les inflaban las entrañas de orgullo, así que eso de “tu padre mató a tu tío” era una mentira y un pecado. Ellos iban al Este para buscar al tío y encontrarlo, como les dijo la madre, y cuando se diera el acontecimiento le escribirían una carta a la abuela y otra a los maestros. “Y los compañeros se pondrán como sapos”, dijo el menor de los niños.

### 4.

Antes de caer la noche, acamparon en un descampado solitario, cerca de un bosque de pinos. Ya en la noche, los niños vieron al padre haciéndole el amor a la madre y eso les dio risa y debieron cubrirse la boca, porque ellos sabían que eso no pasaba sino en revistas de medicina: lo habían visto hacía tres semanas en una, en la farmacia del pueblo, mientras la madre compraba esencia de menta y jengibre y hacía despachar una receta para el abuelo. Y eso que leyeron y miraron, mientras la madre esperaba que el boticario la atendiera, lo comentaron llenos de asombro y curiosidad. Pero ahora, yendo al Este y en ese descampado en el que estaban, vieron y oyeron tres veces al padre gimiendo, por lo que supusieron que aparearse dolía y que quizás la madre se moría mientras esto pasaba. Luego, se durmieron hasta el amanecer, cuando el perro ladró como consecuencia de un hombre que estaba frente al carro. Caní se levantó para ver qué pasaba

pero sólo era alguien que pedía un poco de gasolina. Los niños volvieron a dormirse y se levantaron tarde, cuando el olor a pan y salchichas les entró en la nariz. La madre parecía más vieja que el día anterior. Y esa imagen de la madre avejentada tratando de que las salchichas no se quemaran fue el recuerdo de junio del 22, cuando fue concebido el tercer hijo de la familia.

## 5.

Caní se estableció en unas tierras frías y montañosas y allí compró una granja a la que le puso el nombre del que sería su tercer hijo pero antes de que el negocio se hiciera y la madre comenzara a pasarla mal por lo del embarazo, vivieron en un hotel pequeño habitado por viajantes de comercio y pastores que bajaban de las montañas para vender ganado, cestas de mimbre y asistir al servicio religioso de los domingos o a una fiesta de matrimonio, como pudieron comprobar. La novia era gorda y rubia y el novio tenía una enorme cara redonda y roja. Y mientras duró la fiesta, un muchacho pasó por las calles haciendo sonar un redoblante, seguido de hombres que bebían y cantaban.

En ese hotel, los niños (mientras se negociaba la granja) leyeron libros sobre metales, ayudados de un diccionario no muy completo. Esos libros eran los únicos que había en el hotel y el dueño los defendió como mejores que los de filosofía y otras ciencias porque si se entendía el interior de la tierra ya lo demás estaba entendido. Entonces leyeron en las tardes y en las noches y por semanas salieron en las mañanas a los alrededores de P... a buscar piedras y ponerlas al fuego. Algunas sudaron gotas negras y brillantes, otras rojas y amarillentas. También supieron que las piedras se parten cuando se enfrían y en su interior tienen líneas que son el alma. Cuando Caní estaba con ellos, le explicaban al padre que podrían vivir de las piedras y él se reía pensando que “piedras son lo que más hay entre los pobres y ellos siguen sin mejorar”, pero no les decía eso sino que las piedras que quedaban

ya tenían poco metal y entonces habría que trabajar millones de piedras, una por una, para sacarles apenas una gota de hierro o de plomo, lo que los volvería flacos y enfermos o locos.

## 6.

La granja que compró Caní hubo que reconstruirla y en la reconstrucción nació Onec y la madre se rejuveneció, quizás como consecuencia del clima y porque Caní se había vuelto muy cariñoso con ella y ya no le importaba gemir más alto, o sea que los niños creyeron que el dolor del padre ya no era un dolor como el de cabeza sino una fuerza que le salía de adentro y se sintieron muy orgullosos. Y hubieran querido decirlo en la escuela donde ahora estudiaban, pero todavía no tenían palabras suficientes para explicar todo lo que les sucedía, aunque los maestros se asombraban de lo rápido que aprendían el idioma y de cómo Caní se valía de ellos para conversar y hacer negocios y hasta para explicar por qué no iba a los servicios religiosos, cosa que al comienzo le valió algunos malos entendidos hasta que el maestro principal dijo que no todos los hombres creían lo mismo y los vecinos se tranquilizaron. A Caní, entonces, se le llamó el hombre que creía distinto y a veces las mujeres lo tocaban y le daban regalos para que no les pasaran cosas por haberlo visto, y esto le daba risa a la madre y a veces celos, pero Caní sólo sentía dolor dulce en ella, como se oía en las noches. Por esos días murió el perro.

## 7.

Cuando Onec estuvo grande y sus hermanos se fueron a la capital a estudiar ingeniería de metales, Caní había hecho una pequeña fortuna y la madre era conocida en la zona por los bordados que hacía en camisas y manteles y, como ya salía poco, siempre la encontraban en su cuarto de trabajo, bordando o leyendo pequeños libros de tapas rojas, rodeada por los objetos

cuidadosamente ordenados que le enviaban los hijos. Casi había hecho un altar con esos objetos. En las repisas se veían jarras de china, vasos griegos, figuras de la India y piedras labradas en Palestina. También pocillos de Hungría y tablas pulidas de Alemania. Y sus pies descansaban en tapetes de Teherán y los cubría con mantas de Friburgo, porque le dolían cuando hacía frío. Por esos días, a Caní se le multiplicaron los bienes, el ganado y los pastos y los del pueblo fueron a felicitarlo y a preguntarle cosas sobre el manejo de la tierra y la manera de hacer inversiones. Lo vieron muy contento y activo. Fue como si lo del asesinato de su hermano no existiera más.

## 8.

Onec, con los días cerca de Caní, las cartas que le leía a la madre y la lejanía de los hermanos, aprendió mecánica con un turco amigo de su padre que vivía a un par de horas de camino, entre la granja y el pueblo, y no quiso estudiar en la capital sino que se quedó y fundó un taller de reparación de motores. Resultó un muchacho fácil para las máquinas. El turco, Jabid Amat, se enorgullecía de Onec, y decía a todos que debió ser hijo suyo y que nunca había visto tanta facilidad en las manos. “Le funcionan mejor que las herramientas”, decía y Onec se reía porque él si usaba herramientas para el trabajo, sólo que las manejaba bien y de manera precisa, mirándolas mucho rato antes de usarlas. Y las mantenía en buen estado, acariciándolas igual que si fueran mujeres vírgenes, como le escribió a sus hermanos, quienes a su vez le escribían aconsejándole y enviándole libros que mostraban dibujos de motores de autos, aviones y barcos, máquinas textiles y tractores, lo que llenaba de motivación a Onec. Estas historias le llegaban a Caní, que si bien no le gustaba que su hijo fuera mecánico o inventor, admitía que así debía ser si estaba escrito. Si hubiera tenido un D's al que rezarle, quizás habría pedido que su tercer hijo se dedicara a la granja, al ganado que crecía sano y gordo y a los pastos que producían excelente heno, pues él ya estaba cansado y las manos no eran las mismas de antes, pero carecía de D's. Y si esa carencia de D's implicaba

que nadie lo vigilara desde el cielo, como creían todos debido a las explicaciones que daba el maestro principal, y por ello era totalmente libre, Caní se cuidaba del destino y tenía claro que no debía retarlo. Todo estaba escrito en la letra de las estrellas: que sus hijos mayores fueran a la ciudad y desde allí escribieran que no volverían más porque si regresaban entonces aplicarían mal lo que les enseñaban en la universidad; que se casaran allí y él no les conociera sus mujeres, que hablaran incluso otra lengua que él ya no lograría entender. Esto lo conversó con su mujer y ella lo único que hizo fue bordar. Entonces Caní admitió que Onec se dedicara a los motores y viviera en el pueblo en casa del turco. Y que engendrara en la hija turca, en Zuleima, teniendo apenas 16 años, y ahí comenzara una generación de hombres que fueran por los caminos vendiendo repuestos y asombrando a la gente con los más variados inventos, como imaginó que pasaría. Del turco mecánico, Caní sabía que tenía hermanos que iban y venían por el mundo en grandes carretas de colores vendiendo telas y frutas de cera; supo también que los turcos hermanos del turco mecánico habían visto a sus hijos y a las mujeres de éstos que tenían la piel negra y el pelo hasta la cintura.

Cuando Caní murió, en abril de 1939, sin saber que Zuleima había abortado debido a una caída (aunque otros hablaron de yerbas y de las manos de la madre turca), las últimas palabras que oyeron sus oídos fueron que su hijo se había convertido en un hombre de circo. Las trajeron unas mujeres que lo habían visto caminar por las calles principales dentro de una rueda enorme que lanzaba destellos a medida que se iba moviendo sola. Con esas palabras Caní cerró los ojos y abrió la boca. Su mujer murió cuatro meses después, pues cayó pesadamente sobre los bordados y delante de un par de muchachas a las que les estaba enseñando su arte, y entonces ya no hubo quién contara lo del asesinato que había hecho venir a la familia al Este, ni siquiera los hermanos mayores de Onec porque para ellos el tío estaba en alguna parte y entonces no era un muerto sino un hombre que huía y que Caní ya no iba a encontrar. También estaba en lo posible que el tío hubiera muerto de alguna peste o en alguna guerra menor. En la lectura del



testamento y en la negociación de los bienes, los hermanos se vieron por última vez. Antes de despedirse hablaron sobre lo que decían los periódicos acerca de Francia invadida y Polonia bombardeada. Claro que esos países no estaban cerca y allí debían reposar muertos los abuelos. “Todo el mundo se muere. Estar vivo no es tan importante como dicen”, dijo el hijo mayor. Había engordado y no parecía un ingeniero de metales sino un banquero. Onec, como lo dijo después, lo vio como a un hombre que sabía de piedras pero no las había tocado nunca.

## 9.

Onec no era un hombre de circo ni manejaba ningún espectáculo, ese oficio le pertenecía a un cuñado que tenía enanos y contorsionistas a su servicio, así que las mujeres que le hablaron a Caní lo hicieron mal. A Onec le gustaba poco ese cuñado de grandes bigotes y chaleco de colores vivos que aparecía cada tanto mostrando los carteles de sus funciones y a algún animal raro que traía de una cadena metido en una jaula. Mirándolo, le había dicho a Zuleima: “No se puede vivir de las deformidades sino de la belleza, de lo que está en orden y no del desorden. El cielo castiga estas cosas”.

–Entonces a ti también podría llegarte un castigo. Haces que los metales se muevan–, dijo ella. Onec la vio teniendo muchos hijos, eso contó luego.

Onec inventaba máquinas para divertir a los niños y asombrar a los grandes, meros juegos que daban sorpresas y alborotaban la imaginación, sobre todo los animales mecánicos que pintaba con colores vivos, como los hilos que usaba la madre, y que producían sonidos musicales cuando se ponían en movimiento. Al cuñado le interesaron poco y dijo, “no sangran ni gritan”. Esos juguetes los adquirían los hijos de los campesinos y de los burgueses, los hijos de los judíos que luego fueron llevados en trenes a sitios que no sabía nadie, los muchachos de ojos claros y negros, los que hablaban

idiomas que descendían del griego y el latín y aquellos que tenían palabras bárbaras sin origen conocido. Cuando llegó la guerra, la trajeron los alemanes y los rumanos fascistas, las invenciones de Onec se llevaron a la industria militar local produciendo más descalabros que aciertos, pero esto le valió el título de coronel-inventor y luego el de traidor a la patria. Fue muy difícil explicar que él no era político sino inventor, pero al fin logró que entendieran que era un hombre de máquinas y motores y los jueces lo condenaron a tres años de cárcel, sentencia que no se cumplió porque había crímenes más atroces y se necesitaba el espacio para los criminales. Pero la condena lo deshonró y, para no ver las caras de los que antes lo admiraban y ahora lo miraban con recelo, volvió a la granja que tenía su nombre y construyó una habitación sobre el granero para ver el horizonte y el ganado pastando, los cambios de las estaciones y las tierras roturadas. Y no volvió a salir de la granja y allí montó un taller de máquinas y motores que nunca funcionaron bien. “De deformidades”, decía Onec a su mujer y a ésta casi se le secó el vientre porque veía crecer el desconcierto en su marido. Pero el destino, que era también el D’s de Onec, hizo que Zuleima quedara embarazada y en ese embarazo, cuando la tocaba y entraba en ella, él gritaba más que Caní, lo que asustó a la mujer y la llevó a regresar a casa de su padre, donde se le asignó el cuarto de atrás, cerca al patio donde estaba la cocina y el lavadero de ropa. La madre turca no quería bien a Zuleima y la consideraba impura y contagiada por Onec. Sin embargo, defendida por el padre, creció su estómago y un miedo que no proveía de su familia, como se alegró, se apoderó de ella y creyeron que iba a parir un animal deforme. Pero antes de cumplirse los nueve meses, Zuleima parió a Jubal y murió en el parto. Quedó con la cara de color azul, se dijo.

Cumplido el duelo, la familia turca fue hasta la granja y reclamó a Onec, que al fin dio una dote para que le criaran el hijo. Cuando esto lo supo Jabid Amat, que estaba viejo y casi ciego, maldijo a Onec y escupió sobre su nombre. Las mujeres de la familia turca fueron de nuevo a la granja y orinaron en la puerta y los alrededores.

–Es para que se pudra adentro–, dijeron.

–Para que se le caigan las uñas y los ojos se le llenen de escamas.

Por esos días llegaron algunos de los judíos que habían partido en el tren de los alemanes, tiempo atrás. Venían de nuevo a sus casas y tenían cara de muertos.

## 10.

Jubal creció como turco, despreciando al padre y a la familia de Caní. Y esa fue la guerra y la post-guerra de Onec, que al final de sus días escupió sangre y aspiró vapores de plomo y cobre hasta volverse del color de la cera. Y que fue devorado, como se dijo, por las alimañas y algo verde que le pudrió los huesos, así que no hay tumba de él sino una historia de máquinas no asombrosas sino malditas que nadie tocó ni se atrevió a mirar por temor a que se movieran solas y nadie las pudiera detener. Claro que esto no fue respetado por la gente que envió el gobierno, que embargó la granja, se llevó las máquinas y citó a los hermanos de Onec para que se presentaran en P..., pero ellos no vinieron ni respondieron a nada. Se dijo entonces que ya no existían. Y Jubal se sintió triste porque quería conocerlos, dijo que para odiarlos, pero la verdad era que quería saber si su cara era como la de ellos porque entre los turcos le habían dicho que él era diferente, que sus ojos eran más chicos y ese cabello lacio y rubio nada tenía que ver con su madre ni con su abuelo.

Al fin Jubal se fue con el tío del circo y, entre correría y correría, aprendió a tocar la flauta y el arpa, entró en amores con una mujer mayor y casi mata a un enano, Januz Milevitz, hundiéndolo en una pileta de agua helada. La mujer mayor, Marieta, se burló mucho del enano y del color de muerto que le tomó la piel por días. Lo que nunca calculó Marieta fue que así sería su muerte un año después, no en una pileta, sino en el río Inn cuando Jubal la obligó a saltar desde un puente, acto que no fue fácil porque la mujer se

negó asíndose de las barandas con una fuerza increíble y hubo que punzarle los costados con un cuchillo corto para que finalmente se zafara y saltara sobre esas aguas verdosas y frías. Como la mujer mayor era gitana, la Policía sólo hizo el levantamiento del cadáver y tomó algunas notas. Además, el tío turco ya tenía creada una historia para defender a su sobrino: lo había enviado a Viena a hacer averiguaciones sobre caballos y cuando apenas venía de regreso había sucedido lo de la mujer. Januz Milevitz, certificaría la historia. Cosas así ya habían pasado en el circo y la estratagema la sabían de memoria, así que no habría ninguna contradicción. Pero no hubo interrogatorios ni pesquisas. “Qué más da un gitano menos, si es gente que no existe”, dijo el enano. Jubal, entonces, siguió interpretando el arpa y la flauta. Y recorriendo ciudades y poblados, unas con grandes edificios y plazas y otros con apenas gente y pocos animales, hasta que el circo llegó cerca del río Don, en el que hombres y caballos duermen juntos en las orillas y hay barcazas del tamaño de un regimiento. Allí Jubal se casó con Zila, una contorsionista reclutada en Bulgaria en una fiesta donde estuvieron borrachos una semana y en la que a Jubal le pareció ver a su abuelo Caní con los ojos muy desorbitados tratando de salir de la tierra. Zila era alta y gorda, de ojos muy dulces y orejas chicas que se cubría con el pelo teñido de rojo y azul. Y se casó con Jubal por pedido del tío turco, que le dijo que ella heredaría el circo cuando él muriera. Entonces no hubo amor en esa unión sino interés. Y de ese interés y codicia, Jubal gozó muchos años porque el tío turco no se moría, teniendo de Zila tres hijas y un niño al que nombraron Tubal-Caní, en memoria del abuelo de Jubal y de los días en que los hermanos de Onec se dedicaron a las piedras y el fuego, cuando todavía existía la esperanza de que el hermano de Caní apareciera en algún lugar de la tierra.

El hecho de que se hiciera memoria de una familia odiada puso al tío turco de mal humor y mala conciencia y esa podredumbre se fue sembrando en cada gesto y acción. Se lo veía rondando las habitaciones de la casa como una hiena enferma, maldecía cuando se encontraba con Jubal e incluso le buscó amantes a Zila y se los entró en la habitación para deshonorar al

hombre. Pero lo que más le molestó fue ver cómo Jubal le enseñaba a su hijo las artes de la metalurgia. El niño, todavía sin hablar claro, manejaba la forja y las tenazas y sabía diferenciar entre el hierro y el cobre, los humores del plomo y las distintas venas por las que corría el cinabrio.

—¿Quieres que ese hijo tuyo nos deshonre?—, preguntó el tío turco.

—Sí—, respondió Jubal. Y miró por la ventana. Más allá, entre unos árboles de hojas pobres y corteza lisa, estaba su casa. Supuso a Zila haciendo cuentas de lo que le tocaría cuando muriera el tío turco, que debía ser pronto porque “ya tiene muchos años y enfermedades”, decía la mujer. A Zila no le importaba la honra ni la deshonra, su único interés era el dinero. Lo tenía como una obsesión, como el único cielo. Ya se lo había dicho a Jubal: “Haz lo que quieras, pero el dinero me toca a mí”. Y el marido, en lugar de discutir o pegarle en la boca, se buscó otra mujer, una que cosía como la abuela y se llamaba Ada. Y con Ada volvieron los primeros tiempos, los de antes de Caní.

El tío turco murió entre ahogos, eso dijo un muchacho que estaba con él. Pero Januz Milevitz dijo que no era cierto, que él mismo lo había matado disparándole con una pistola alemana y sin que le temblara el pulso. Era un mentiroso este enano. También le dijo al muchacho que no había pasado nada, que se fuera y no volviera. De lo contrario lo mataría a él también.

Al tío lo enterraron de inmediato en el bosque sin avisarle a nadie, cerca al camino por donde pasaban los autobuses y la carrilera del tren, sitio que tenía una buena vista sobre el circo.

—Los lobos podrían venir a escarbar y comérselo.

—Eso le habría gustado. Hace parte de los espectáculos que le hubiera gustado presentar—. El enano se limpiaba las manos en su pantalón de seda.

—¿Qué le dirás a Zila?—, preguntó Jubal a Januz Milevitz. Bajaban hacia el lugar donde estaba el circo. Ada jugaba con Tubal-Caní. De vez en cuando,

el niño se detenía y quedaba embelesado frente a las piedras del camino.  
–Que el tío turco se fue a Lisboa y esa ciudad está lejos, que quizás tomando el tren del Oeste pueda llegar a ese puerto y encontrarlo–.  
–¿Y qué le dirás de mí?–  
–Que me has sembrado un hijo en el vientre de Ada–.  
–¿Y si no te cree?–  
–Creerá, ¿qué otra alternativa tiene?–

Dos días después, Jubal partió hacia el Sur. Iba tocando la flauta y estaba sentado en la parte trasera de un camión repleto de hombres que venían de un campo ruso de prisioneros. Eran libres y estaban tristes. La música que sonaba en la flauta de Jubal llamaba al tío abuelo Hebel y no había eco sino un silencio. Los demás lo miraban. Todavía vestían los uniformes con los que salieron a dominar el mundo. Estaban remendados y sucios.

–Han pasado muchos años–, dijo un hombre.  
–No me reconocerán en casa–, dijo otro.  
–Yo trabajé en un circo–, dijo Jubal. El camión se movía por encima de la carretera empedrada. –Voy al Sur–.  
–Tienes suerte–, dijo el hombre que había dicho: “han pasado muchos años”. Los demás sonrieron. El camión se movió más fuerte y tuvieron que agarrarse de las barandas.

Copyright of Escritos is the property of Escritos and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.